

**Lo que trajeron las estaciones al fabricante de almanaques
MACRO (Museo de Arte Contemporáneo de Rosario)
Piso 6. Octubre 2007**

Paola/

por Florencia Braga Menéndez

Tiene los ojos como nubes inundadas y remotas, una neblina de humedad de pantano silencioso. Sabe. Ya desplegó siete millones de hojitas de papeles sobre el piso del taller. Todas se defienden fuerte, todas intensas. Ensartado espiral femenino, el huracán pasa rente a los ojos y no se detiene en su recorrido formal, se excede como si fuera gigante y poderoso, pese a lo evidente del formato pequeñito en el que graba su magnífico viento de lluvias.

Sorprende al ojo experimentado la desfachatez, la libertad contagiosa del producto elemental de la pincelada. Y el disfrute evidente. La pintura por la pintura, como material extraordinario, como sonido perfecto, la PIN TURA, su misterio. Un grafismo irrecuperable, energética descarga irremedable, rulos veloces de la muñeca, crayón o mouse, el trazo parece abundante carga, y sin embargo no tanto, ¿de qué es generosa la pincelada de Paola Vega? Libre trazo, la pincelada de Vega se torna al instante de entreverarla identificable y única, imposible de imitar su afirmada presencia. Casi firmas.

El grafo relajado, fresco, parece dátilo pintura u otra forma inocua de juego, una actividad de sofisticada distensión después de la tarea obligada, las monocopias secretas del grabador que limpia que limpia sus instrumentos en un estado de inspiración sin precedente, la actitud íntima del dedo automático en la salsa, en la crema, en lo exudado, en lo espeso del aire. Prueba de que extrema libertad es inteligencia, el trazo fluye feliz y absolutamente atento sobre la amable textura de la superficie receptiva del papel.

El color no parece dar cuenta de la economía de sus planteos, sale de oscuros a luminosos lugares. Sigue de largo. Las variaciones son microscópicas, delicadas, la paleta retorna a las fórmulas de una rosa oscura sola en la noche de un huracán de aterciopelada fuerza. La estructura es fuerte y elástica. El dibujo se queda en algún lugar extraño de la cabeza. Perdura. Esa noche, más tarde, quise comer rabas, hacer anillos, acariciar una espalda haciendo círculos con la punta del dedo, bailar rondas, pasar la lengua por adentro de un osobuco, pensar redondo la imperfección de iris, de la luna, y de una boca haciendo O.

Se imprime en el cuerpo.

Me cuenta que es contagiosa y que le gusta. Paola Vega pinta en la intimidad feliz de un espacio protegido desde el que atisba la puerta.

Paola es fuerte. Gusta. Paola disfruta la libertad absoluta del que no le rinde cuentas a nadie de la idea dibujada. ¿Cómo es una casita?, ¿y una nena?, ¿y cómo toda la historia de la representación moderna? Espacialidad clara, firmemente dibujada, apropiada, dominada en el sentido de estar dentro del dominio de la mirada, ve el tornado desde lejos y me aproxima a su detalle que solvente conoce y me murmura al oído. Simple. Rotunda. Me encanta.